

Otro *esplendor*, aunque éste sin brillo. Pero de todos modos son demasiados esplendores para un solo soneto.

De la malhadada composición laudatoria á Garibaldi, al cojo sacrilego de Aspromonte, no quiero hablar, porque aunque tiene ripios bastantes, todavía tiene más de impiedades que de ripios.

Únicamente consignaré el penúltimo cuarteto, que contiene una noticia casi interesante.

«Sirva á los pueblos libres de amuleto
Tu nombre, que la historia diviniza,
Y el mundo mire siempre con respeto
El ánfora que guarda tu ceniza.»

Por la cuenta, el vate cree que Garibaldi se conserva en un cántaro.

Vamos, que al morir se metió dentro de la propia alma.

Los demás cuartetos no son menos prosáicos que ese ni mejores. Mas para cantar á Garibaldi son buenos de sobra.

Dios le perdone al Sr. Peza.

IX

En el segundo montón de RIPIOS ULTRAMARINOS, están los de un soneto que encontré en la famosa revista *Cuartillas*, con la firma de *Justo A. Facio*.

Mas como este *poeta*, llamémosle así, lejos de arrepentirse y prometer la enmienda, se creció al castigo y publicó en seguida todos *sus versos* en un libro lujoso y lleno de pretensiones, paréceme conveniente y casi necesario darle otro rífi-rafe.

En compensación de los estrepitosos bombos que le han dado por allá sus amigos.

Aunque también ha habido quien le ha zurrado la badana.

Como prueba de la clase de *poetas* á que pertenece el Sr. Facio y de la manera como trabaja y rellena sus versos, contaré una observación que acabo de hacer en estos días.

En el tomo I de *La Lira costarricense*, de que ustedes ya tienen noticia, impreso

en 1890, insertó el coleccionador doce ó trece composiciones de Facio, diciendo que aunque éste había nacido en Santiago de Veragua, habiendo vivido desde niño en Costa-Rica, como costa-riqueño debía ser considerado.

Entre aquella docena de composiciones de Facio, hay una elegía á la memoria de su padre, escrita en estrofas de cuatro versos, dos endecasílabos y dos heptasílabos, alternados; vamos, en el mismo metro de la elegía de Espronceda *A la patria*.

Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular, porque las combinaciones métricas no son en rigor propiedad de nadie, y el poeta, ó el Facio, aunque no sea poeta, puede elegir para sus entretenimientos la que se le antoje.

Lo particular es que algunos años más tarde ha hecho el mismo Facio, según he indicado, una edición lujosa de sus trabajos, con el título de *Mis versos*, aprovechando sin duda la ocasión de haber sido nombrado Director de la «Imprenta Nacional» de Costa-Rica, y como diciendo: aquí que no peco, es decir, aquí que no gasto; y en esa edición aparece aquella misma elegía, escrita ya en metro algo diferente, pues las estrofas de cuatro versos tienen tres endecasílabos y un solo heptasílabo.

Para lo cual ha tenido Facio la pacien-

cia ultra-benedictina de ir. rellenando el cuarto verso de cada estrofa, á la manera como rellenan los telegramas en las redacciones de nuestros periódicos *de gran circulación* (1), metiendo en cada cuarto ver-

(1) De esta farsa de rellenar y alargar los telegramas nos ha dado hace poco *El Heraldo* una prueba evidente y muy graciosa.

En la pasada Semana Santa hubo de recibir este periódico de su corresponsal de Burgos un telegrama sencillo, de los de á dos reales, diciéndole:

Burgos, 3.—Templos visitados. Catedral ofició Arzobispo, asistiendo autoridades. Procesión solemnisima. *Miserere* Eslava.—*Corresponsal*.

Pero el redactor encargado de la tarea diaria de rellenar, queriendo convertir este telegramilla de media peseta en un telegramazo de media columna, comenzó á escribir, verbigracia:

«Burgos, 3.—Todos los templos fueron ayer muy visitados: en la Catedral se celebraron con gran pompa y solemnidad los Divinos Oficios, en los cuales ofició de pontifical el Arzobispo señor *Cascajares...*»

Claro. Por meter cascajo en el telegrama, metió al Sr. Cascajares, trasladándole de Valladolid á Burgos y despojando de la mitra de Burgos al P. Aguirre.

Ya se ve que es evidente la prueba del relleno, porque ningún burgalés podía telegrafiar llamando Cascajares al Arzobispo de Burgos.

A estos extremos de ridiculez conduce el afán de hincharse como los pavos reales.

so el ripio necesario para hacerle pasar de heptasílabo á endecasílabo.

Véanse las muestras.

Estrofa primitiva:

«Ya en el *blando* regazo de la tierra
Tu cabeza reposa,
Y se rompen los dardos de la guerra
En torno de tu losa.»

Estrofa reformada:

«Ya en el *blando* regazo de la tierra
Tu cabeza reposa,
En tanto que los dardos de la guerra
Se rompen *sin estrépito* en tu losa.»

Bueno: sin estrépito será; pero no sin ripio.

Segunda estrofa.

En la primera edición:

«Descansas de miserias y de males,
Sin que *al vagar* el hombre
Escuche en sus revueltas saturnales
El eco de tu nombre.»

En la segunda edición:

«Descansas de miserias y de males,
Sin que *jamás* el hombre

Escuche en sus revueltas saturnales

El eco *ni siquiera* de tu nombre.»

¡Ahí está! Con añadir un ripio en forma de *ni siquiera*, ó un *sin estrépito*, crecen los cuartos versos y quedan las estrofas que no parecen las mismas.

Y todavía en las dos copiadas se hace tal cual variación en alguno de los otros versos: en la primera se pone un *en tanto* en el tercero para bajar el *se rompen* al cuarto, suprimiendo el *en torno*. En la segunda se cambia un *al vagar* por un *jamás* en el segundo verso.

Pero hay otras muchas estrofas en las cuales no se introduce más variación que el relleno del cuarto verso para que pase de heptasílabo á endecasílabo.

Sirva de ejemplo la siguiente.

Sistema Berdan primitivo:

«No importa que tus timbres alcanzaras
En ignorado juicio,
Y que no tenga conocidas aras
Tu oscuro sacrificio.»

Sistema Berdan reformado:

«No importa que tus timbres alcanzaras
En ignorado juicio,
Y que no tenga conocidas aras
Tu oscuro *cuanto noble* sacrificio.»

Otro ejemplo.

De primera intención:

«Que no pudo rendirte ni vencerte
Del mundo la fiereza,
Y sólo bajo el peso de la muerte
Se dobló tu cabeza.»

La misma estrofa retocada:

«Que no pudo rendirte ni vencerte
Del mundo la fiereza,
Y sólo bajo el peso de la muerte
Se dobló *resignada* tu cabeza.»

Otro calabacín vacío:

«Ella piedad de tu miseria tuvo,
Y en la mortal porfia,
Ella *tan sólo* desarmó y contuvo
El brazo que te hería.»

El mismo calabacín relleno:

«Ella piedad de tu miseria tuve,
Y en la mortal porfia,
Ella *tan sólo* desarmó y contuvo
El brazo *poderoso* que te hería.»

Ya lo ven ustedes. Con añadir *cuanto noble, resignada, poderoso*, en fin, un ri-

pio cualquiera á los muchos que ya suele tener cada estrofa, queda hecha la transformación...

¿Hay en la primera edición un cuarto verso que dice, refiriéndose al alma:

«Se revuelve medrosa»?

Pues se pone:

«Se revuelve *sin fuerzas* y medrosa.»

Y lo mismo podía decir, en lugar de *sin fuerzas*; *con ripios*:

Se revuelve *con ripios* y medrosa.

¿Hay otro cuarto verso que dice:

«Ante la luz del cielo»?

Pues se le cambia la luz en suave claridad y... endecasílabo hecho y derecho:

«Ante la *suave claridad* del cielo.»

¿Hay otro cuarto verso heptasílabo que dice:

«Silencio... ya descansa»?

Pues no hay más que mandar al lector

que se ponga de rodillas y... *endecasílabum te feci*.

«¡De rodillas... silencio, ya descansa!...»

¿Dice otro cuarto verso heptasílabo:

«A los seres que adoro?»

Pues con poco más que llamar *benditos* á esos seres; con eso, y con adorar *en* ellos en lugar de adorarlos, estamos al cabo de la calle:

«A los seres *benditos en* que adoro.»

Hace muy pocas noches leía yo en *El Heraldo de Madrid* un larguísimo telegrama de Cuba, ó *cablegrama* como ha dado en decir ahora la gente *lista*, para significar que aquello viene por *cable*, creyendo sin duda que antes se decía *telegrama* porque la noticia venía por tela...

Me hace mucha gracia esta gente *lista*, que llama desde hace dos años *Marrakés* á la ciudad de Marruecos, y sigue llamando *Marruecos* al imperio, que se llama lo mismo que la ciudad, de la cual ha tomado el nombre. Se conoce que en la embajada aquella famosa iba cada pedazo de... lince, que en cuanto oyeron á los moros pronunciar *Marrakés*, se lo cogieron y...

Hasta el día en que oigan á un francés decir *Marok*, y se lo cogen lo mismo...

Pero iba diciendo que hace muy pocas noches leía yo en *El Heraldo de Madrid* un larguísimo telegrama de Cuba que concluía así, en verso involuntario:

«Ahora reina extraordinaria
Y plausible actividad.»

¡Dios mío! ¿Será verdad?

¿Será verdad, me decía yo, que haya *cableografiado* todo eso Texifonte?

Dicen que cuesta entre España y Cuba tres pesetas y pico cada palabra.

¿Tendrán el dinero en tan poca estima los de *El Heraldo*, que se hayan gastado cinco duros en el ripio, digo, en el gusto de llamar á la actividad de Weyler y de Ochando *extraordinaria y plausible*?

No, no puede ser: eso no es telegrama; eso es una superchería... cursi, como todas las estratagemas encaminadas á aparentar más de lo justo.

Y lo mismo me digo ahora, ante los rellenos de la elegía de Facio.

¿Será verdad que esa poesía ha sido inspirada por el numen dos veces, primero con menos y después con más palabras? ¿Será verdad que el autor de esa elegía ha sentido en dos ocasiones distintas infla-

mársele el corazón en amor filial, y, dominado por el estro poético, ha transformado aquel amor y aquel sentimiento en estrofas, una vez un poco menores y otra vez un poco mayores?...

No; no es verdad nada de eso.

No; la composición del Sr. Facio no es poesía, sino carpintería, fábrica de estrofas atornillando piezas, ó encolando ripios hasta llenar determinadas dimensiones.

La poesía no se hace así, quitando ó añadiendo adjetivos, como se pueden quitar ó añadir palitroques á un taburete. La poesía brota del alma, con su forma propia inenmendable.

Ni eso es poesía, ni Facio es poeta, sino versista ripioso, que es muy distinto.

Bien lo demuestra en las estrofas copiadas, donde aun prescindiendo de los ripios empleados en la reforma de los cuartos versos, ya antes el regazo de la tierra era *blando*, y había lo *de miserias y de males* y lo *de rendirte ni vencerte*, para rellenar, y lo *de el peso de la muerte*, como si la muerte no viniera muchas veces en un soplo de aire bien ligero, y *de el brazo que tería*, que oyéndolo así, sin verlo escrito, no se sabe lo que quiere decir.

Aparte de esta remonta de la elegía, el libro de Facio presenta no pocas novedades.

Ya en la portada, debajo del título *Mis*

versos, lleva nueve subtítulos correspondientes á otras tantas secciones.

¡Y qué subtítulos más presumidos, más raros y más estrambóticos!...

Crespones.—*Bronces.*—*Adelfas.*—*Medallones.*—*Tapices.*—*Sonetos grises.*—*Facetas.*—*Flores de llanto.*—*Torsos...*

¿Comprenden ustedes que el autor que ha puesto estos títulos á secciones de versos, pueda estar bien de la cabeza?...

Porque mientras lo de *bronces* y lo de *medallones*, aplicado á sonetos, revela una presunción ridícula, llamar *tapices* á unos malos romances ó á unas silvas, que merecen otras con distinta ortografía; llamar *sonetos grises* á sonetos que son sencillamente malos, *crespones* á la famosa elegía reformada y á otras cosas por el estilo, y *torsos* á cuatro descripciones pesadas y latosas, es el colmo de la falta de juicio.

Otra de las novedades del libro de Facio es la de no decir nada absolutamente. He leído versos de poca sustancia; pero estos de Facio no tienen ninguna. Palabras, palabras y más palabras, y si se exprime todo el libro, no suelta una idea.

Así lo ha hecho constar ya un apreciable escritor, el Sr. Pereira Castro, en el periódico semanal de San José, *La prensa libre*:

«El que escribe un libro de prosa ó de versos, dice, siempre se propone algo: en-

señar, deleitar ó conmover. No resulta así con el de Facio. La vista ávida del lector recorre las páginas del libro con la esperanza de encontrar en ellas una nota que revele la convicción de la belleza ó de la amargura; una manifestación de duda ó de creencia sincera; la descripción de un paisaje; el desasosiego causado por algún problema de psicología ó filosofía; *un sursum corda* á alguna realidad, ó una maldición ó protesta contra la injusticia... y nada: el libro es como un desierto sin *simoun* y sin oasis; es una no-entidad en literatura, un bote de letras, un estercolero de versos sin el rugido de Job, sin las quejas del poeta.»

Así es verdad.

«De lo que más enamorado se muestra el autor, al parecer—añade,—es de la forma griega, de su mármol que diviniza; y aun para esto mismo sus conceptos vagos, indefinidos, están vaciados en una turquesa de alfarero burdo. Canta al bello mármol convertido en plástica hermosura de Venus *victrix* sin la persuasión completa de su amable serenidad, porque no lo conoce, sino por las pinturas y descripciones de los juglares de la literatura.

»Hablando Facio de la corona de luz inmortal que circuye las estatuas, tomando en este sentido la terrena concepción de la hermosura por el genio, y expresada por

los que han estudiado, tocándolos con su lira, los mármoles brillantes á los cuales el arte ha comunicado vida, vida subjetiva, dice:

«Es negra su corona:

Y en relucientes ondas el cabello

Como oscuros anillos aprisiona

Como serpientes de ébano su cuello.»

»Se nos figura una Medusa esta descripción, un tanto parnasiana, del versificador. Si la serpiente es un símbolo de repugnancia, ¿cómo puede colocarlo un pretendiente de poeta sobre la cabeza encantadora de las estatuas que de su frente fluyen luz que ilumina el rostro? Nada habría más horroroso que esta estética que crea un rostro de Hebe con «*torso de Paros*» y cabellera de serpientes.

»Dicen que los poetas nacen. Lo creemos. Pero también hay necesidad de que se eduquen...»

Es claro: sí, señor. Y especialmente cuando tampoco han nacido poetas como al Sr. Facio le sucede.

Y continúa el Sr. Pereira Castro:

«Facio aparece en su libro como un simple rapsodista de la excelencia de los griegos, quienes modelaron el mármol para convertirlo en admiración de la humanidad.